
El yo y el otro en Schelling *

The self and the other in Schelling

Por : Mario Germán Gil Claros¹

La relación ha sido siempre pensada como relación “Del uno con el otro”, mientras que es sólo gracias a la relación que puede haber “uno” y “otro”, es decir, que todo “uno” es “otro”.

Tres fragmentos sobre nihilismo y política. (Jean Luc Nancy, 2008. p.6.)

Non solo, ma non sta scritto da nessuna parte che un membro della relazione debba riconoscere se stesso nell'altro. Ciò spiega perché Schelling, in particolare a partire dalla filosofia dell'identità, privilegi l'unità complessiva rispetto alle sue 'opposizioni'.

(Manfred Frank, 2020. P.174.)

* El presente escrito es fruto de una serie de clases introductorias en torno a la cuestión del otro en filósofos alemanes del siglo XIX.

¹Ph D en filosofía. Catedrático universitario. Coordinador humanístico del Hispanoamericano, líder del grupo de investigación Redipe: educación, epistemología y filosofía. Director de investigación de redipe. Par académico de Colciencias.

RESUMEN

Destacar la relación entre el Yo absoluto y el otro en la filosofía de Schelling, pasa por una caracterización de la misma en conexión con lo absoluto, la identidad, el Uno, su naturaleza, la intuición intelectual, la libertad, entre otros; para así establecer dicha correspondencia mediada por el principio del amor y del lenguaje en dicho sistema filosófico, como pretende identificar el presente escrito.

PALABRAS CLAVES

Autoconciencia, identidad, intuición intelectual, libertad, otro, Yo absoluto, Uno.

SUMMARY

Highlighting the relationship between the absolute Self and the other in Schelling's philosophy, goes through a characterization of it in connection with the absolute, identity, the One, its nature, intellectual intuition, freedom, among others; in order to establish said correspondence mediated by the principle of love and language in said philosophical system, as the present writing intends to identify.

KEYWORDS

Self-awareness, identity, intellectual intuition, freedom, other, Absolute Self, One.

INTRODUCCIÓN

La siguiente lectura de algunas de las obras de Schelling, abordadas desde una escritura puntual, didáctica y enunciativa; centra su atención en torno al problema del YO y del *otro* en su sistema filosófico, en el que se destaca la idea y naturaleza del Yo absoluto, del Uno, de la intuición intelectual, de la identidad. Esta última, clave en su

pensamiento en la elaboración de su filosofía; en un yo que interactúa, que es productivo consigo mismo, que a través del amor establece una franca relación con el *otro* y que lo confronta tanto en su pensamiento como en su libertad, donde la filosofía se convierte en la dinamizadora en la relación entre el Uno y el *otro*. Es de destacar, que el escrito se apoya pedagógicamente en diversas citas a lo largo del documen-

to; como veremos en cada uno de los capítulos del presente escrito.

El Yo absoluto y la cosa.

Antes de hablar del *otro*, del mundo, está el *Yo absoluto* para Schelling; el cual no está condicionado a mero objeto de representación. En este sentido, el Yo es lo que es como Yo; libertad que se sustenta a sí misma, lo cual sería el inicio y fin de toda filosofía. En con-

secuencia, el *Yo absoluto* se afirma tal como es, como identidad, como Uno y no como multiplicidad.*

El *Yo absoluto* es poder y voluntad, a la vez es forma que se afirma a sí misma como libertad. Así, la filosofía postula que el hombre en su ser no es mera cosa ni objeto alguno, es ante todo libertad absoluta. En este sentido, el fin de la filosofía en su saber es el ser y todo aquello que implique su realidad y del orbe del cual hace parte. Dicho saber se encuentra unido a la curiosidad, a una mirada que va hacia el mundo, hacia el otro, que en gran medida lo condiciona. Pues el ser, en nuestro caso el ser-humano, es incalificable.

En consecuencia, el otro por más que le miremos como objeto, no lo es; por más que él me mire como objeto, tampoco lo soy. Schelling es claro:

<<Condicionar>> significa la acción a través de la cual algo deviene cosa; que nada puede ser puesto por sí mismo como cosa, esto es, una cosa incondicionada es un contra sentido. <<Incondicionado>> es aquello que de ninguna manera puede ser hecho cosa, que en absoluto puede llegar a ser cosa. (Schelling,2004. P.75)

Ya que el otro tiene algo que va más allá de la mera objetividad. En nuestro caso: el *Yo*, en el sujeto.

*Lo incondicionado no puede encontrarse, pues, en la cosa en general, ni tampoco en aquello que pueda devenir cosa; es decir, tan sólo puede hallarse en el sujeto, en aquello que no puede en absoluto hacerse cosa, o sea, si existe un *Yo absoluto*, sólo se encuentra en el *Yo absoluto*. El *Yo absoluto*, por tanto, sería determinado, en primer lugar, como aquello que nunca puede devenir objeto. (Schelling,2004.*

P.75)

De este modo, para Schelling, primero está el ser absoluto. El cual parte de una situación en la que el *Yo* tiene existencia como *Yo absoluto*, exento de toda oposición. Pues:

*Sólo mediante un *Yo absoluto*, justamente en la medida en que está puesto de un modo absoluto, se le puede oponer un *No Yo*, con lo que hace posible la filosofía; porque la labor de la filosofía teórica y práctica no es más que la resolución del conflicto entre el *Yo puro* y el *Yo empírico-condicionado*. (Schelling,2004. P.82)*

Por tanto, la filosofía queda reducida al mero ejercicio del *Yo absoluto*, que excluye todo no-*Yo*, constituyéndose en el inicio y fin de la misma, como veremos posteriormente.

El *Yo absoluto* se caracteriza por su identidad, a diferencia del otro, de lo externo, de lo múltiple derivado de él mismo. En el que su identidad sería $A=A$. Mientras que en el otro es $A \neq B$. Al respecto dice Schelling:

*Por consiguiente, toda forma de la identidad ($A=A$) sólo está fundamentada en el *Yo absoluto*. Si esta forma ($A=A$) precediera al propio *Yo*, *A* no podría expresar lo que está en el *Yo*, sino lo que está puesto fuera de él; de este modo, dicha forma devendría forma de los objetos, e incluso el *Yo* no sería absoluto, sino condicionado y subordinado, como subespecie única, al concepto genérico de los objetos ([41-43] a las modificaciones del mero no *Yo*, absoluto e idéntico). (Schelling,2004. P.84)*

Como vemos, el riesgo que se corre, es estar encerrado en dicha identidad, donde el *otro* es desconocido o nacido en ella. Generando los consabidos conflictos que ello provoca frente a la

exterioridad.

Ahora bien, el *Yo absoluto* lo que busca en sí mismo, es no quedar reducido a mera cosa, justamente por su incondicionalidad, por su libertad, esencia última de este mundo para el ser-humano, ya que garantiza el desarrollo de nuestra conciencia y evita quedar disuelto en el mar de la multiplicidad. La libertad sería un asunto de identidad y no de multiplicidad, de un *Yo* que es pensamiento, que es autointuición de corte intelectual. Así, el *Yo* es lo absoluto, no precisa multiplicarse o fragmentarse, él se condiciona a sí mismo, se basta a sí mismo, porque es absoluto. De modo que:

*El concepto en general es lo que comprende la multiplicidad en la Unidad: el *Yo*, por tanto, no puede ser un concepto puro, ni abstracto, porque no es una unidad omnimoda ni comprehensiva, sino absoluta. Por consiguiente, no es género, ni individuo, porque género clase e individuo sólo son pensables en relación con la multiplicidad. (Schelling,2004. P.89)*

Vistas las cosas, el *Yo absoluto* es indemostrable. Pues todo lo que es, se encuentra en él; es decir, idéntico a sí mismo como unidad absoluta que no precisa del cambio; pues al ser absoluto, es la substancia, el pensamiento, la forma, la realidad. No piensa lo otro, sólo se piensa para sí mismo, no precisa de cosa externa para determinarse infinitamente. La máxima ley del *Yo absoluto* de Schelling reza así: "¡Sé, de modo absoluto, idéntico consigo mismo!". (Schelling,2004. P.100)

La cuestión del otro

La mirada y relación hacia el otro queda en suspenso, siempre y cuando gire en torno a la identidad del *Yo absoluto*, como su mera ampliación o una versión del mismo; caso contrario, no se

* En esta dirección, la multiplicidad, sería abordar el camino entre lo Uno y lo múltiple en la teoría de las ideas inmanente a lo absoluto. Tema que amerita

reconocería personalidad o ser alguno.

Al respecto el pensador alemán dice:

El Yo es, en cuanto que es, sin condición ni limitación alguna. Su forma originaria es la del puro, eterno ser; de él no se puede decir que fue o será, sino de modo absoluto: es. Quien quiera determinarlo de otro modo que no sea por su ser absolutamente, debe descender al mundo empírico. (Schelling, 2004. P.103)

El *Yo absoluto* es intuición intelectual, en la que todo se da en su infinitud que se piensa a sí mismo en su radical identidad; sin él nada sería pensable, su referencia es él mismo, no los objetos lógicos, no es principio formal, ni idea, ni objeto; su única realidad es que es un *Yo* puro, determinado por la intuición intelectual.

Por consiguiente, El *Yo* puro como *Yo absoluto*, es la misma realidad y el Todo es su identidad de la cual no sale, pues sería una contradicción en sí misma; lo otro, si se da, está bajo este principio de identidad, bajo esta totalidad. Lo anterior queda reducido a la fórmula: $Yo=Yo, A=A$. Como proposición tética de su condición. Así:

El ser puro es, entonces, originariamente sólo en el Yo, y bajo esta forma no puede ser puesto nada más que lo que es puesto como idéntico al Yo; por tanto, única y exclusivamente el puro ser puede expresarse en proposiciones téticas, porque en ellas lo puesto no está determinado en absoluto como algo opuesto al Yo, como objeto, sino sólo como realidad del Yo en general. (Schelling, 2004. P.119)

Por ende, en relación con la realidad del *Yo*, decimos: lo que es real es posible y lo que es posible es real. El resultado, un *Yo absoluto* puro como libertad, que no depende, ni es regulado por lo externo; ya que él es la misma realidad como totalidad.

Naturaleza del *Yo absoluto*.

Este *Yo* absoluto abarca la naturaleza, conceptualizada o intelectualizada en su identidad inmanente. Al respecto se dice:

El principio último hacia el que toda filosofía conduce no es un principio objetivo, sino inmanente de la armonía preestablecida, en el que la libertad y naturaleza son idénticas, y este principio no es otro que el *Yo absoluto* del que partió toda filosofía. (Schelling, 2004. Pp. 134-135)

La cual no tiene ni principio ni fin; tal como lo expone Schelling en su sistema filosófico.

El *Yo absoluto* parte de una idea transformadora de la filosofía del mundo, fuente de creación y de libertad; como se deja ver en el libro ***Sistema del idealismo trascendental***. (Schelling, 1988)

Caracterizado en su columna vertebral por la impronta del pensamiento de Fichte, los problemas de fundamentación del derecho y la filosofía de la naturaleza.

Ahora bien, la filosofía de Schelling, como todo sistema filosófico, hurga teóricamente el orbe, asume la experiencia de la libertad con fines y formas estéticas en la relación entre mundo y libertad, que en el fondo es el interés del individuo por lo contemporáneo a través de lo sensible, del entendimiento y de la razón, que confluyen en la representación dada en la conciencia, la cual entra en crisis permanente con dicho mundo. En otras palabras, se enfrenta a la crisis de la racionalidad, de la representación, de la conciencia moderna. El *Yo* de Schelling, va más allá de cualquier *Yo* humano, precisamente por ser absoluto y metafísico; quedando la mera inteligencia absoluta, pues en últimas, es el *Yo absoluto*.

Como vemos, no existe el *no-Yo*, este es parte de lo absoluto, cuya voluntad absorbe la conciencia, ya que la naturaleza no lo es y la conciencia es algo posterior a todo nacimiento. Es una representación que se autorrevela y se busca a sí misma, donde lo otro queda anulado, si existe. Nada escapa a su realidad contenida en él mismo; en el que lo otro es su manifestación fenoménica.

La intuición intelectual y la identidad.

El *Yo absoluto* al contenerse a sí mismo en su identidad originaria de la autoconciencia, es objeto de sí mismo como subjetividad, llena de saber, de unidad como círculo vicioso, donde la realidad es una manifestación y a la vez explicación de lo absoluto. Así, el *Yo absoluto* en su filosofía, es mera revelación en su afirmación infinita o eterna, que se intuye a sí mismo. En el caso de Schelling, el *Yo* en su revelación se produce, se intuye y es consciente de sí mismo como autoconciencia, que queda ensimismada. Es decir, el *Yo absoluto* queda preso en su idea, en su concepto, en su visión y postura romántica de lo que es, si se quiere de la autoconciencia, cuya característica en su desenvolvimiento es de orden sistemático en su verdad absoluta, en su totalidad que se piensa a sí misma, a la vez que se explica en su minuciosidad de manera intuitiva e intelectual en su producción. En otras palabras, la intuición intelectual no precisa de mediación alguna y no es sensible; es una actividad propia del *Yo* que se dirige a sí mismo como fundamento de la conciencia, la cual logra objetivarse en el arte, en la estética, como intuición. Es decir, en el arte el *Yo absoluto* logra una adecuada intuición de sí mismo, como sinopsis de unidad de lo teórico y lo práctico, de la libertad y de la necesidad, entre lo consciente y lo inconsciente, de la unión del sujeto y el objeto, fruto de una acción creadora que se manifiesta en el artista y en su obra que toma influjo universal.

De manera tal que la función de la

intuición intelectual es estrictamente interna y la de la intuición estética es externa, derivándose del Yo absoluto y de la facultad poética, que es su unión como síntesis. Como resultado, hay un ejercicio filosófico del Yo absoluto que se recorre a sí mismo en su libertad e historia inmanente, la cual se intuye a sí misma en su propio universo, el cual logra abstraerse de lo empírico y se recrea en su conciencia, en su imaginación, en lo absoluto.

Por otra parte, para Schelling, el fundamento de la autoconciencia como manifestación de la identidad de lo originario en el sistema trascendental, se reafirma a sí mismo como armonía entre lo subjetivo y lo objetivo. Al respecto argumenta: "Todo el saber se basa en coincidencia de algo objetivo con algo subjetivo. En efecto, sólo se sabe lo verdadero, y la verdad es puesta generalmente en coincidencia de las representaciones con sus objetos". (Schelling, 1988. P. 149) A pesar de las diferencias entre naturaleza (objetiva) y el Yo (subjetivo); el esfuerzo se enruta hacia la verdad, en el afán de poner a dialogar lo inconsciente con lo consciente, el intuir con el concepto, la relación entre el Yo y el Otro, en el marco de una filosofía de la identidad, en la que el Yo absoluto es prioridad en el sistema trascendental, donde el saber subjetivo es saber del saber; es decir, reflexión del concepto; a diferencia del mero conocimiento común, que se olvida pensar el pensar. De ahí la labor de la subjetividad como del arte, el cual para el filósofo alemán es trascendental en medio de una duplicidad del actuar y el pensar; donde hay plena identidad de las cosas mundanas y las representaciones. En otras palabras, el arte contiene y refleja en él mismo lo absoluto como unidad; es la expresión viviente que se interpreta en clave metafísica.

El esfuerzo de una filosofía de la identidad, pasa cuando el objeto es modificado por lo pensado, por lo subjetivo, en el contexto de una filosofía trascendental que va más allá de una filosofía teórica (racional) y una filosofía prác-

tica (empírica). En esta dirección, se dice lo siguiente:

Es fácil comprender que este problema no puede ser resuelto en la filosofía teórica ni en la práctica, sino en una más alta que sea el mediador que enlace a ambas, ni teórica ni práctica, sino ambas cosas a la vez. (Schelling, 1988. P.157)

La cual apunta a una filosofía teleológica, que se constituye en punto de unión con una filosofía del arte espiritual. De ahí la siguiente propuesta: "Sólo hay dos caminos para salir de la realidad común: la poesía, que nos traslada a un mundo ideal y la filosofía, que hace desaparecer totalmente ante nosotros el mundo real". (Schelling, 1988. P.160) Lo cual nos da a entender que en todo saber hay coincidencia entre lo subjetivo y lo objetivo como Uno, asimismo como verdad, como autoconciencia.

Sin embargo, la autoconciencia se convierte en punto luminoso del pensamiento.

Por consiguiente, el principio de la filosofía ha de ser tal que en él el contenido esté condicionado por la forma y a su vez la forma por el contenido y donde uno no presupone al otro si no ambos se presuponen mutuamente. (Schelling, 1988. P.168)

Lo anterior, bajo el principio de identidad, encarnada por proposiciones lógicas que son de orden subjetivo, como pensar que se piensa lo objetivo, en una proposición donde $A=A$. Lo que lleva a la siguiente conclusión:

Esa identidad no mediada del sujeto y del objeto sólo puede existir allí donde lo representado es a la vez // lo representante, lo intuido es también lo intuyente. Y esta identidad de lo representado con lo representante sólo se da en la autoconciencia; por consiguiente, el punto

buscado se encuentra en la autoconciencia. (Schelling, 1988. P.173)

Así, la identidad implica un modo de pensarse a sí mismo; el sujeto que piensa, se vuelve objeto de dicho pensar, gracias a la autoconciencia.

La autoconciencia es el acto por el cual el [ser] pensante se convierte inmediatamente en objeto, y viceversa este y ningún otro acto es la autoconciencia. Es una acción absolutamente libre a la cual uno puede ser guiado, pero no forzado. (Schelling, 1988. P. 174)

Esta manera de pensar, se transforma en algo intencional en relación con un acto determinado y conceptual, que es el acto mismo de pensar la autoconciencia. Es decir, reino natural de los conceptos, de las formas, de la ética, del ser, de la filosofía.

Tenemos un Yo que se piensa a sí mismo como acción filosófica pura, ya que para Schelling, el Yo es un acto puro como saber libre e intuitivo. O sea, intuición intelectual.

Tal intuición es el Yo porque sólo mediante el saber del Yo sobre sí mismo se origina el Yo mismo (el objeto). Puesto que el Yo (como objeto) no es más que el saber de sí mismo, el Yo surge sólo porque él sabe de sí; el Yo mismo, por tanto, es un saber que simultáneamente se produce a sí mismo (como objeto). (Schelling, 1988. P.177)

Lo que hace posible el pensar trascendental para Schelling, es la intuición intelectual, que se sabe a sí misma, que se diferencia de otra intuición ligada a lo sensible; ella es abstracta, especulativa y no demostrativa. Es una mera identidad: Yo = Yo.

La filosofía de la identidad, se desprende de un Yo que se encuentra en una autoconciencia general, en la que se

desenvuelve la conciencia singular, que depende no sólo de la autoconciencia general, sino de la intuición intelectual y de la libertad. En este sentido: un Yo objeto para sí mismo; lo cual para una filosofía del otro genera dificultades en su reconocimiento, como otro Yo radicalmente distinto; ya que en Schelling, el Yo es objeto de sí mismo, no lo es para el otro. Él nos dice lo siguiente:

“El Yo es un mundo enteramente encerrado en sí, una mónada que no puede salir de sí ni en la que tampoco puede entrar nada de fuera”. (Schelling, 1988. P.189) Es pues que, la autoconciencia es un acto único y absoluto como idealidad y realidad, ya que la idea es forma, imagen, que al estar en el mundo tiene por consecuencia una realidad en la cual el Yo surge libremente, pues no está determinada por algo externo, que en el argumento de Schelling, es un Yo que actúa originariamente. “Por tanto la filosofía no es en absoluto otra cosa que libre imitación, repetición libre de la serie originaria de acciones en las cuales se desarrolla el acto único de la autoconciencia”. (Schelling, 1988. P.203) La cual es la historia de esta última; manifestada en épocas distintas, en procura de una síntesis absoluta. En consecuencia, la intuición intelectual, es la filosofía como método que nos permite entrar al mundo de la naturaleza y del espíritu en su esencia, que nos permite conocer lo absoluto.

El Yo productivo

Lo anterior nos lleva a un ejercicio de carácter gnoseológico, ya que para Schelling, el ser productivo encierra el saber; el saber es considerado producto del ser, el cual es el Yo capaz de explicar filosóficamente toda intuición, toda sensación, todo sentir, toda acción, regulada por la autoconciencia.

Es lo originario que se intuye. Esto último, dado en el límite entre lo ideal y lo real. En efecto, todo queda bajo el Yo absoluto activo y productivo, a la vez como un Yo ideal intuitivo que se reconoce a sí mismo.

El Yo es un concepto que se intuye a sí mismo de forma productiva, creativa y dinámica, en el marco de su identidad absoluta como intuición espiritual, producto del Yo sintiente (ideal-real). Tal como lo dice Schelling:

La filosofía trascendental no es sino una continua potenciación del Yo, todo su método consiste en conducir al Yo desde un nivel de autointuición hasta otro donde es puesto con todas las determinaciones contenidas en el acto libre y consciente de la autoconciencia. (Schelling, 1988. Pp. 252-253)

Es el Yo que es para sí mismo. Para llegar a esto último, el Yo tiene tres pasos: primero, el Yo inconsciente, en el que se confunden el sujeto y el objeto.

Segundo, la separación del Yo y de la cosa, es la sensación del Yo. Tercero, el Yo que no precisa de demostración y se construye a sí mismo como sintiente. Lo anterior se resume de la siguiente forma: (Schelling, 1988. Pp.254-255)

1. En el primer paso, el Yo es intuido como objeto.
2. En el segundo paso, el Yo es sujeto.
3. En el tercer paso, el Yo como sujeto es consciente de sí mismo.

Estos tres pasos en su conjunto corresponden a la inteligencia, en el decir de Schelling, de una materia intuida por el espíritu reflexivo.

Ahora bien, pasamos de un Yo intuitivo, a un Yo inteligente, entrando a una etapa de confrontación mundana, en la que el otro es parte activa en el mundo fenoménico de dicho Yo.

Al respecto dice nuestro filósofo: “Entre este punto de la reflexión absoluta y el punto actual de la conciencia se halla como miembro intermedio toda la multiplicidad del mundo objetivo, sus productos y fenómenos”. (Schelling, 1988. P.258) De un Yo que se intuye

a sí mismo como productor sintiente, como conciencia marcada por el influjo del presente, en un tiempo activo. Es decir, vemos una intuición pura interna, en un tiempo puro e intuición externa de un objeto en el espacio. Así, nos encontramos ante el sentido interno del Yo y un sentido externo, que puede ser también el otro. Esto último, interpuesto por fuerzas físicas en un espacio y tiempo, que para Schelling son necesarios para la intuición, ya que garantizan la forma y la extensión; la primera, el tiempo y la segunda el espacio. Él lo expresa así: “El tiempo sólo es el sentido interno haciéndose objeto para sí, el espacio es el sentido externo haciéndose objeto para el sentido interno”. (Schelling, 1988. P.271)

Por tanto, el espacio y tiempo, es una forma de actuar inteligente del Yo, en un tiempo que va hacia adelante y un espacio donde no hay dirección. Schelling lo resume: el pasado sólo es por el presente. De ahí que el Yo absoluto reúna dos características: inteligencia y tiempo presente. El cual se hace sintiente con conciencia del tiempo.

Pensarse a sí mismo

El Yo absoluto se piensa a sí mismo, reflexiona su condición en su propia abstracción, en el que surge el concepto universal. La inteligencia intuye y la reflexión abstrae conceptualmente. Entre ambos está la conciencia como juicio que toma libremente decisiones; entonces, el concepto es determinante, el objeto determinado y la intuición indeterminada.

El mundo del Yo es impulsado por el querer, fruto de la auto determinación de la inteligencia que la hace consciente de todo actuar, ya sea consigo mismo, con el otro, con el orbe; en un querer intuyente, en el que el otro se vuelve objeto a través de la conciencia, que a la vez nos determina como inteligencia, mediada por una voluntad libre que se dirige a un objeto específico:

Pero, precisamente, esta dirección de mi actividad es algo que ya está puesto y que predeterminado por la síntesis de mi individualidad. Luego también por esta misma síntesis ya están puestas para mí otras inteligencias por las que me intuyo limitado en mi actuar libre, por tanto, están puestas también acciones determinadas de estas inteligencias sin que necesite además una influencia particular de las mismas sobre mí. (Schelling, 1988. P.346)

El impulso, el encuentro hacia el otro como manifestación, está intercedido por su conocimiento, en el que “el otro se convierte en este determinado tal y como tú lo piensas”. (Schelling, 1988. P.348) A la vez, dicho encuentro está mediado por los límites que se establecen y la conciencia que tomo de él, ya que de la conciencia surge la libertad de un Yo intuyente, que se mueve en el seno de la cultura, de la moral. Así:

“Lo único originario fuera de mí es una intuición fuera de mí, y aquí está el punto donde por primera vez el idealismo originario se convierte en realismo”. (Schelling, 1988. P.355) Es así que la relación entre el Yo absoluto y el mundo objetivo, se torna compleja por medio de la intuición intelectual que me ayuda a representar los objetos.

Por tanto, la dirección hacia un objeto externo se exterioriza mediante un impulso, y este impulso surge directamente de la contradicción entre el Yo idealizante y el intuyente y se encamina inmediatamente a restablecer la identidad suprimida del Yo. (Schelling, 1988. P.359)

Es el paso, la comunicación, el diálogo, entre el Yo absoluto ideal con lo objetivo, lo real práctico intuido, determinado por el libre actuar del Yo absoluto, que opera a través de un Yo intuyente consciente de lo que hace. “Pero ¿qué es el intuyente? Precisamente

este [Yo] ideal y real a la vez que es lo objetivo en el actuar libre”. (Schelling, 1988. P.363).

En consecuencia, el Yo, tanto en su actuar como en su intuición, son la misma cosa en el sistema idealista, lo subjetivo y lo objetivo igualmente lo son, pues lo objetivo es lo subjetivo hecho objeto.

Ahora bien, el otro es determinado por la intuición intelectual como acción asumida como fin último en el hombre. “Por consiguiente, el éxito de mis acciones no depende de mí sino de la voluntad de todos los demás y yo no puedo hacer nada a ese fin si algunos no quieren este mismo fin”. (Schelling, 1988. Pp. 394-395) Mi Yo es limitado por otros Yo que comparten mis acciones, nacidos de la manifestación de lo absoluto. La pregunta de Schelling surge de inmediato: “¿Qué soy yo frente a tantos? Ese orden existe sólo en la medida en que todos los otros piensen igual que yo y cada uno ejerza su derecho divino de hacer que domine la justicia”. (Schelling, 1988. P.395) En este caso, la relación con el otro está dada y mediada por la estética de nuestras acciones, donde lo objetivo es asumido por el intuir plástico o artístico; o sea: el otro como forma en su producción estética; asumido por medio de la representación, en la que se resuelve la contradicción. En esta dirección, el genio lo es para la estética, lo que el Yo lo es para la filosofía. Causa de lo objetivo, pero que no se objetiva, siendo el arte la intuición intelectual de dicho Yo objetivo. “Sólo la obra de arte me refleja lo que de otro modo no sería reflejado por nada: eso absolutamente idéntico que ya se ha escindido en el Yo”. (Schelling, 1988. P.423) Que ha de reflejarse en una producción poética como intuición estética. Por ende, la intuición intelectual lo es para la filosofía y la intuición estética lo es para el objeto; donde el arte a través de la intuición estética, que no se contrapone a la intuición intelectual, es la realización y culminación de la filosofía como unidad armónica de la naturaleza y del espíritu en lo absoluto.

El asunto de la libertad

En Schelling hay una preocupación filosófica por el ser en cuanto ser absoluto. La pregunta que se deriva es la siguiente: ¿cuál es el papel de la libertad ante este sistema filosófico? Para que la libertad sea posible, debe existir la mediación ante el otro que es pensado como referente, ante el cual me diferencio, para así tomar conciencia de la misma. La libertad no puede ser pensada sino en relación con el otro como ser histórico, que piensa su libertad en mediación. En esta dirección, la libertad y la época se encuentran caracterizadas por sus edades mundanas.

En las edades del mundo, lo absoluto entra en lo temporal, en el que están los otros, los cuales, a través de las edades, pueden ser recordados, conocidos o presentidos; son objeto de saber y de narración. ¿Qué mejor que el tiempo para saber de los otros como seres terrenales? ¿Qué mejor que el tiempo para ser conscientes de la libertad y de los demás? Ante todo, abordar al otro desde nuestra interioridad. “Pues todo saber y comprender comienza por la interiorización”. (Schelling, 2002. P. 51) Sin quedarnos en la mera interpretación, pues necesitamos anunciarnos ante el mundo; es aquí que Schelling expresa: “Todo ser aspira a su revelación y por tanto a su desarrollo”. (Schelling, 2002. P. 58) El ente precisa expresarse ante el mundo como tal; “pues cada ente no reclama simplemente ser interior, sino también volver a ser lo que es, ser exterior”. (Schelling, 2002. P. 58) Dicha exterioridad es el mundo de la libertad, de la acción, el mundo de los otros y del mío; en la afirmación como seres humanos. Que: “*En el hombre es la humanidad verdadera*”. (Schelling, 2002. P. 59)

La afirmación en el mundo se da a través del ente, que se contrapone al no-ente, a la nada, que se introduce en el discurso, en el imaginario que habita el ente; es así como jugamos libremente con esta reflexión, en el horizonte del ente, en el que aparece el otro, el que no había sido tenido en cuenta como

parte del ser. O mejor, del *Yo absoluto*.

Amor

¿Qué es lo que hace que todo ente, además de ser, persevere? La fuerza del amor, la cual se opone a la fuerza contractiva; pues el amor es expansión, en nuestro caso hacia el *otro*, como hacia la propia naturaleza. De ahí que la existencia es en relación hacia al otro sintiente. Es el deseo de existir, al cual no podemos renunciar gracias al amor. Así que, lo primero que establecemos en una relación es que reconocemos al otro, que se opone, se resiste y actúa, pero también establece vínculos cercanos, como lo es el amor. Al respecto explica Schelling: "El amor es el estímulo a todo desarrollo. El amor mueve al ser primigenio a abandonar su cierre". (Schelling, 2002. P. 84) ¿Hacia dónde se dirige dicho amor en el mundo? Hacia el otro, tal como sucede con la amistad, pues "nos causa placer encontrar al amigo que hace que se abra y se exprese nuestro interior cerrado o que finalmente nos da la palabra que disuelve todas las contradicciones de nuestra vida". (Schelling, 2002. P. 85)

La apertura hacia el otro, por ejemplo, en la amistad, nos consolida en el mundo humano, donde el lenguaje va a jugar un papel de puente entre los sujetos por medio del amor, que para Schelling, es el principio armónico entre seres libres que se atraen. Gracias al amor, estamos dispuestos a renunciar a nuestro pasado; ya que el ser precisa de ese otro-yo, lo desea, hay hambre de amor.

El Yo se concentra en el *otro segundo* Yo, que sirve de medio de liberación en el mundo.

Como cada ser libre precisa de este otro yo para llegar a ser libre, cada ser lo desea, igual que desea la reflexión [Besonnenheit], la consciencia, la libertad. Pero como mediante ese segundo yo llega a ser libre, un ser que (como el hombre) está expuesto a la confusión

puede hacer que este otro yo en vez de operar en sí mismo sea medio para sus fines y para su propia libertad, lo cual es la máxima inversión posible de la relación verdadera. (Schelling, 2002. P. 1099)

Efectivamente, el *otro* Yo, es lo que está ahí, es la decisión que tomo ante él para relacionarme con el mundo. En este sentido, no es sólo contemplarlo, sino que lo asumimos afectivamente, siempre y cuando las partes lo deseen, pues lo otro precisa de los demás para poder desplegarse en el mundo en su reconocimiento, ya que "mediante lo otro llega a ser libre y se abre frente a ello". (Schelling, 2002. P. 121) Además del amor que desplegamos como sincero deseo e interés, también hay un deseo de reconocimiento, en una voluntad que se regenera a sí misma, que se conoce a sí misma a través del amor.

La apertura hacia el otro, por ejemplo, en la amistad, nos consolida en el mundo humano, donde el lenguaje va a jugar un papel de puente entre los sujetos por medio del amor, que para Schelling, es el principio armónico entre seres libres que se atraen.



CONCLUSIÓN

Lo dicho nos lleva a la siguiente pregunta: ¿Quién es el *otro*, los otros? Sería el ente, lo conocible, lo que despierta el interés de la voluntad en el mundo; aquello que es patente, en el que el ser se afirma comprensiblemente a través de una relación mutua por necesidad, nacida de su interior y que llamaremos el Uno; el cual se exterioriza como voluntad, que, quiérase o no, se va a encontrar con otros quereres en su mutuo

reconocimiento. Al respecto Schelling nos dice: "Todo, absolutamente todo, también lo exterior por naturaleza, tiene que haber llegado a sernos interior antes de que podamos exponerlo exterior u objetivamente". (Schelling, 2002. P. 171) Lo cual permite que podamos compartir lo mismo con los demás en el momento de interactuar. El ejemplo que se trae es el siguiente: el campesino y el investigador, coinciden en torno a una planta vegetal; aunque sus miradas y pretensiones sean otras, como bien sabemos.

Como vemos, el Uno precisa del *Otro*, según tres principios en Schelling: el comienzo o lo primero ente; luego el segundo ente y el tercero ente, donde finaliza y vuelve a iniciar gracias al movimiento.

Pero sólo puede ser en tanto que el uno indivisible de estos tres principios; por sí mismo, ninguno de ellos llenaría todo el concepto del ser necesario (de la divinidad), y cada uno de estos tres tiene el mismo derecho a ser el ser, es decir, lo ente. (Schelling, 2002. P. 184)

En este sentido, la contradicción es el motor de toda acción, del movimiento, de la vida y de lo *otro*; pues para que exista el Uno precisa del Dos como referente, como contrapuesto, como oposición. En consecuencia, el *otro* es negación, porque es fuerza negadora, en el que se distingue el yo del tú.

Para Schelling, la negación contiene todo principio como deseo de algo que es radicalmente diferente, pues todo principio es principio de algo, no hay vacío, ni pasividad. El deseo es el movimiento hacia el otro como negación. "Así pues, la negación es lo que precede necesariamente (*prius*) a todo movimiento". (Schelling, 2002. P. 186) Como vemos, el ser es, tanto para el yo como para el tú.

Entonces, para pensar el *otro*, hemos de pensarnos y de tenernos a sí mismos, en lo que Schelling llama ser

conscientes de sí mismos. ¿Qué es el *otro* como referente que me hace consciente? Su naturaleza con la cual estoy en relación, o mejor: “Esto *otro* es para el espíritu de la eternidad la naturaleza, con la que está en relación”. (Schelling, 2002. P. 2109).

Es aquí que nos conocemos como lo que somos, en el que el tiempo se da en sus diversas manifestaciones: como lo que fuimos, como lo que somos y como lo que seremos como seres espirituales. ¿Dónde se lleva a cabo este devenir temporal? Sólo en el hombre, constructor de mundo, de historia, de sentido, de significado y de fines; (Schelling, 1998. Pp. 29-30) ya que para Schelling: “la humanidad no va adelante indefinidamente, sino que *tiene* una meta”. (Schelling, 1998. P. 33).

¿Quién garantiza estas pretensiones? La filosofía, aquella que se confronta con la vida y produce la misma realidad a partir de su fuerza operante y coherente para el espíritu humano.

Finalmente, la filosofía para nuestro filósofo, está llamada a responder por nuestro tiempo herido. Así se requiere, no lo dice Schelling, una filosofía del otro a partir de la libertad, en una “relación de vida”, (Schelling, 1998. P. 48) a través del reconocimiento mutuo de ambas figuras, vividos en el mundo humano y en sus acciones cotidianas; dados en el reconocer y el conocer la singularidad que descansa en la plena existencia y aceptación del otro, como la que se da entre el padre y el hijo. “Para ello-para que haya seriedad- es necesario que el hijo reciba la determinación de ser – otro, como tal ser otro, y aparezca como algo que es real *fuera* de Dios”. (Schelling, 1998. P. 129) El *otro* es el que está en el mundo, con él me interrelaciono, sin él es imposible hablar y escribir lo que en este momento se declara.

BIBLIOGRAFÍA.

Nancy, Jean Luc. (2008) Tres fragmentos sobre nihilismo y política. En Nihilismo y política. Buenos Aires, Argentina. Manantial.

Manfred, Frank, Schelling, Hegel, Marx. Roma, Italia. Lo Sguardo-Rivista di filosofía No 30 2020.

Schelling, F. W. J. (2004) Del yo como principio de la filosofía o sobre lo incondicionado en el saber humano. Madrid, España. Trotta.

Schelling, F.W.T. (1988) Sistema del idealismo trascendental. Barcelona, España. Anthropos.

Schelling, Friedrich Wilhelm. (2002) Las edades del mundo. Madrid, España. Akal.

Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph. (1998) Filosofía de la revelación. Pamplona, España. Cuadernos de anuario filosófico

